



Castrileños en los campos nazis de exterminio

Ángel del Río Sánchez

Los campos de exterminio que los nazis alemanes pusieron en marcha durante la II Guerra Mundial (1939-45), habitualmente se asocian, en exclusividad, al Holocausto del pueblo judío. Pero la política genocida de los nazis-fascistas se dirigió, también, a otros muchos colectivos como el de gitanos, izquierdistas y opositores políticos, homosexuales, objetores de conciencia, discapacitados físicos y psíquicos... que, de igual modo, sufrieron persecución y exterminio. El asesinato masivo y planificado de millones de seres humanos a causa del fanatismo racista, se llevó a cabo en centenares de campos de concentración que se localizaban por todo el vasto territorio europeo del III Reich bajo el dominio de Hitler. Uno de los colectivos más desconocidos del genocidio nazi es el de los republicanos españoles que, en un número cercano a 9000 personas, sufrieron la deportación a esos campos del horror, mayoritariamente al de Mauthausen. Aproximadamente, sólo un tercio logró sobrevivir. El resto acabó convertido en cenizas en los hornos crematorios. Entre los 1500 andaluces, había cerca de 270 granadinos y, entre ellos, ocho castrileños.

Mientras en Europa y en el mundo entero las víctimas de la barbarie nazi-fascista son objeto de continuos homenajes con el fin de mantener viva la llama del deber de recordar (- para evitar que la historia se repita y para hacer justicia a las víctimas), en España ha habido un injusto silencio sobre estas personas que sólo en los últimos años se tiende a romper. Las cuatro décadas de dictadura de Franco y las tres de democracia (éstas de manera incomprensible), han minado la memoria de estos luchadores hasta el punto de hacerlos desconocidos en sus propios pueblos de origen. La mayoría de estos andaluces y españoles que salieron de sus pueblos en los convulsos años de la guerra civil (1936-39) para combatir al servicio de la República contra el ejército sublevado, han caído en el más ignominioso de los olvidos. ¿Saben, hoy, las gentes de Castril de



los espantosos sufrimientos y tribulaciones de ocho hijos del pueblo en los campos nazis de exterminio? Sirvan estas páginas en donde se reconstruye de manera escueta el periplo de estos jóvenes antifascistas castrileños, como un pequeño tributo a su memoria, para que sus nombres recuperados, no se pierdan nunca más por los sumideros de la historia.

Entre los ocho castrileños hay tres hermanos de la calle del Río apellidados **Jiménez Ródenas**. Estos son **Bautista** (1904), **Balbino** (1912) y **Juan Antonio** (1915). Además, **Andrés González Téllez** (1904) de la calle del Hondo; **Emilio Ortiz Ortiz** (1921) de la calle de las Parras; **José Florencio Ortega Rodríguez** (1905) del Campo de Cebas; **Torcuato Márquez Soria** (1915) de los cortijos del Nacimiento; y **Miguel Granero López** (1918) de Las Almontaras. Hasta el momento, se dispone de muy pocos datos de estos hombres que sirvan de apoyo para componer sus biografías. Por sus actas de nacimiento sabemos que todos son hijos de trabajadores del campo. Se sabe, además, que el mayor de los Jiménez Ródenas, Bautista, fue detenido en febrero de 1936 cuando se disponía a asistir en la aldea de Campocebas a un mitin ilegal que pretendía dar el médico socialista **Juan Granero Liñán**. Este suceso se produjo poco antes de las elecciones que darían como fuerza vencedora al izquierdista Frente Popular, tanto en España como en Castril, aupando a la alcaldía al propio Juan Granero. Desde entonces, Bautista, desempeñó el oficio de guarda municipal hasta su reclutamiento forzoso en el Ejército republicano. Por las edades del resto, es fácil aventurar que todos ellos fueron llamados a filas (o se sumaron voluntariamente) durante el periodo de guerra para combatir en algún frente contra el ejército golpista de Franco. Desconocemos las

compañías a las que pertenecieron, las funciones que desempeñaron y los frentes de guerra donde estuvieron, aunque se puede reconstruir el peregrinaje de estos castrileños, por ser similar al de la gran mayoría de los miles de antifascistas españoles que sufrieron la deportación. Sin duda, la guerra española les llevó, por distintos frentes, Andalucía, Madrid, Aragón... hasta Cataluña, última etapa antes de partir camino del exilio.

La toma de Cataluña por las tropas franquistas en el invierno de 1939 provoca un masivo éxodo de 500.000 republicanos hacia Francia. Una gran mayoría fueron internados en campos de reclusión en el Rosellón francés en penosas condiciones de vida: Barcarès, Saint Cyprien, Argelès son algunos de los nombres de estos ignominiosos recintos que prolongaron su existencia hasta el otoño de 1939. Muchos republicanos deciden regresar a España



esperando una benevolencia de los vencedores que nunca encontraron. Otros, optaron por seguir resistiendo, poniendo sus esperanzas en una pronta derrota del fascismo europeo que conllevara la caída del régimen de Franco. El Gobierno francés decide desalojar paulatinamente estos campos y reclutar a los ex combatientes republicanos en la Legión Extranjera y en las Compañías de Trabajadores Extranjeros. La finalidad era, dada la previsible entrada de Francia en la guerra europea, fortificar las líneas defensivas en la frontera alemana y aprovechar a un colectivo experimentado como era el de los republicanos a los que se le suministró el uniforme del ejército francés y material de trabajo, pero no armas. El 10 de mayo de 1940 se inicia la ofensiva alemana y el 22 de junio Francia firma la rendición. En este tiempo, la mayoría de los republicanos que formaban parte de las Compañías fueron hechos prisioneros por los alemanes y conducidos a los *Stalags* o campos de prisioneros de guerra. En un principio se les respeta tal condición de prisionero conforme a la legislación internacional, pero a los pocos meses, son declarados "*rotspanier*" (rojo español) y deportados, sin conocimiento alguno del destino y en unas condiciones infrahumanas, hacinados en inmundos vagones de transporte de ganado y mercancías, al campo de exterminio de Mauthausen, ubicado en Austria, cerca de la ciudad de Linz a orillas del Danubio. El gobierno de Franco niega la condición de españoles a los republicanos e impide toda posibilidad de repatriación. Los nazis adjudican a los deportados españoles el triángulo azul que designa a los apátridas y que llevan cosido en el traje de rayas que será su única y, para algunos, definitiva vestimenta. Los prisioneros políticos llevaban un triángulo rojo, los judíos amarillo, los homosexuales rosa, los objetores de conciencia (testigos de Jehová)

morado, los antisociales (vagabundos, alcohólicos, indigentes...) negro, los gitanos marrón (después será negro), los de delito común verde...

Los primeros castrileños en llegar a Mauthausen son Juan Antonio Jiménez Ródenas y Torcuato Márquez Soria que lo hacen un frío 25 de noviembre de 1940 desde el campo de prisioneros de Fallingbostel en la Baja Sajonia alemana. Le sigue, desde el mismo lugar, dos meses después, Miguel Granero López. Desde Tréveris son deportados el 3 de abril de 1941 los hermanos Bautista y Balbino Jiménez Ródenas. Y el 12 de septiembre se le une, finalmente, José Ortega



Rodríguez. A todos ellos se les impone un número de identificación que sustituye el nombre y que debían aprender a pronunciarlo en un correcto alemán si querían evitar los humillantes correctivos (golpizas crueles y sádicas en público) por parte de los *kapos* (presos, por lo general criminales alemanes, que ejercían de jefes y practicaban una terrible violencia contra los demás prisioneros considerados como súbditos) y los oficiales de la temida SS.

Mauthausen es un campo de no retorno, ideado para presos “irrecuperables”. A la macabra función exterminadora de opositores mediante la cámara de gas, las inyecciones letales y la aplicación sistemática de prácticas de tortura, se une la explotación de la mano de obra reclusa en las canteras de granito, la construcción de carreteras, en fábricas de armamento y automoción, etc. El hacinamiento, el hambre extrema, las enfermedades, las vejaciones, la humillación... eran componenda habitual en recintos diseñados para degradar la condición humana hasta cotas inimaginables. Aún así, los republicanos españoles, unidos por su condición de antifascistas, urdieron unos lazos de solidaridad y resistencia que posibilitaron la supervivencia de aquellos que han vivido para contarlos.

Sólo en Mauthausen murieron más de la mitad de los 200.000 reclusos procedentes de decenas de países. Entre ellos, unos 5000 españoles de los aproximadamente 7200. La mayoría murió en el campo anexo de Gusen, verdadero centro de aniquilamiento donde dejaron sus vidas Miguel Granero López un 13 de noviembre de 1941 cuando contaba con 22 años de edad; Juan Antonio Jiménez Ródenas, el 19 de noviembre de 1941 con 26 años; Balbino Jiménez Ródenas, el 2 de enero de 1942, con 29 años; y José Ortega Rodríguez, el 22 de febrero de 1942 con 36 años. Otros muchos, fueron gaseados en el tétrico Castillo de Hartheim, célebre centro de eliminación sistemática de discapacitados físicos e intelectuales, “no válidos” para el trabajo o “indignos de vivir”. Entre estos, se encuentra Torcuato Márquez Soria que muere el 28 de septiembre de 1941 con 26 años de edad en ese castillo del horror donde se utilizaron a las personas para sádicos e inhumanos experimentos médicos. Los



cuerpos de todos estos republicanos fueron reducidos a cenizas en los hornos crematorios. Con esta medida, los nazis pretendían borrar toda huella de su bárbara actuación.

La odisea de Andrés González Téllez y Emilio Ortiz Ortiz varía con respecto a la de sus paisanos que acabaron en el campo de Mauthausen. Éstos fueron detenidos por los alemanes en una fecha más tardía, en 1943, por lo que cabe suponer que ambos participaron de manera clandestina en la resistencia francesa contra los nazis. Fueron trasladados al campo de prisioneros de Compiègne, cercano a París, para formar parte del transporte compuesto por 1.943 hombres (entre ellos más de 230 españoles) que llegó al campo de concentración de Buchenwald, en Alemania, el 19 de enero de 1944. De ahí fueron separados y trasladados a otros campos alemanes hasta que fueron liberados en los meses de marzo y abril de 1945.

El 5 de mayo de 1945 las tropas norteamericanas liberan el último campo nazi, el de Mauthausen, bajo una inmensa pancarta escrita en castellano con la siguiente leyenda: "*Los antifascistas españoles saludan a las fuerzas libertadoras*". Entre los miles de reclusos liberados, convertidos en verdaderas piltrafas humanas por causa del trabajo extenuante y la desnutrición, hay un castrileño que ha logrado sobrevivir al infierno, no sabemos por cuanto tiempo: Bautista Jiménez Ródenas que cuenta con 40 años de edad. Para los cientos de supervivientes republicanos comienza un doloroso y largo exilio mientras en España la dictadura de Franco se perpetuaba. Se desconoce por completo la etapa del exilio de los tres supervivientes castrileños. Sólo sabemos que Emilio Ortiz Ortiz falleció el 6 de diciembre de 1988 en la ciudad francesa de Burdeos. La inmensa mayoría de los españoles se

establecieron en Francia, con el pensamiento y el deseo de regresar a una España democrática. Desde allí se organizan, crean y se agrupan en torno a asociaciones de ex deportados que tratan de llevar a la práctica el Juramento de los Supervivientes, realizado pocos días después de la liberación de Mauthausen, que apela al deber ético de recordar y que termina con estas palabras: “... *No olvidaremos jamás los sangrientos sacrificios que los pueblos tuvieron que hacer para reconquistar la felicidad de todos. Recordando la sangre derramada y los millones de seres humanos sacrificados, asesinados, inmolados por el fascismo-nazi, juramos no abandonar jamás el camino que nos hemos trazado. (...) Nos dirigimos al mundo entero para decirle: Ayúdanos en nuestra tarea.*”

Si los nazis intentaron suprimir todo rastro de su macabra obra para que en el futuro no se juzgase su política genocida, el recuerdo es, hoy día, la más clara victoria sobre los nazis de ayer y de hoy. La lucha contra el olvido implica recuperar todos los nombres, todos los rostros y ponerles biografía. Es una deuda que la sociedad tiene con las víctimas, con sus familiares que prolongaron la agonía durante décadas sin que hubiera persona o institución alguna que les hiciera saber el paradero y la suerte de sus seres queridos. La memoria recuperada de estos ocho castrileños debe constituir una lección ejemplar sobre lo que nunca más debe ocurrir.

Si existe alguna información sobre estas personas o sus familiares, ruego que se pongan en contacto a través de los correos-e andeslucia@hotmail.com y todoslosnombres.andalucia@yahoo.es

Más información en:

CHECA, Sandra, Ángel del Río y Ricardo Martín (2006) *Andaluces en los campos de Mauthausen*, Centro de Estudios Andaluces, Sevilla.